

16 nov., 1955

Querido amigo! Cómo observarás por el momento, estoy efectivamente en Princeton, por la fecha, contesto tu carta a vuelta de correo, según mi pésima, pero inventada costumbre. Sumariamente (pues el manuscrito hace la escritura aún más penosa que la lectura) paso a informarte en tu aldea en la vieja, caduca y despreciable Europa, de mis brillantes actividades. Se reducen éstas a: 1) dar las clases, echando el resto (no creerías que iba a decir echando margaritas a los puercos) y, de paso, preparando lo que después será un librito, uno más, sí, sobre la civilización hispánica; y 2) escribiendo, cuando puedo, que no puedo casi nunca, una novela más larga que las actuales comprimidas, que tanta gloria como provecho vienen dándome.

Respecto a éstas, ha salido, o estarán por salir, el tomito de la Revista de Occidente, en el que el censor, desesperado de no hallar qué suprimir y, al mismo tiempo inquieto pro que aquello le atosigaría un poco, tachó una frase en la última página, precisamente la única frase que tenía un sentido de cierta emoción religiosa. Felizmente, los eruditos del futuro podrán darse el gusto a reconstruir y restaurar el texto, que ya había aparecido íntegro en "Orígenes" de La Habana. Cuando reciba los ejemplares prometidos te dedicaré el tuyo; y eso será, calculo, dentro de un par de meses. Pero si la natural impaciencia no te consiente aguantar tanto, pídeselo a Ortega de parte mía y quedas autorizado para escribir en la primera página una cordialísima dedicatoria con todos los adjetivos encomiásticos y demás ponderaciones que te apetezcan, [...il-legible] mi firma.

Espero que me contestarás. Yo estoy aquí (aunque, claro está, paso los fines de semana en New York) hasta fines de enero.

Muchos saludos de la [...il-legible] doméstica a la correspondiente, y para ti un abrazo de

[Signatura]